

22. Julio 1960
Arriba

NOVELA AL CINE

De un lado está el recuerdo de don Pío Baroja; están a cal y canto, cerrados sus balcones, pero parece que a uno de ellos va a asomarse don Pío, con su boinilla vasca; del otro, los cañones heroicos del Museo del Ejército, y en medio, sin señoras que jueguen al bridge, los salones bonitos, por cierto, del Real Automóvil Club de España.

Grabados de automóviles y un cuadro que Manuel Augusto García Viñolas cree que es la muerte de Patroclo, pero no por «Seat» desmandado, sino por afilado puñal. Ahora no hay bodas en los salones, ni bautizos, ni festejos a un caballero que ha ganado una cátedra de Penal; ahora, con un calorazo insoportable y unas mujeres de esas que los clásicos, tal Escotado, llamaban de bandera; hay alegría porque se va a llevar al cine una novela. Séptimo arte para «La paz empieza nunca», de Emilio Romero, que un día, en dura lid, ganó con ella el Nacional de Literatura.

Como Baroja está cerca, cerca está Pérez Ferrero, y como la mesa está bien abastecida, cerca está Luis Antonio de Vega dando dictámenes sobre cada pinchito, en tanto que en oleadas de asalto van llegando unas mujeres que

también se pueden llamar de Campeonato Escotes y escotitos, y algunos sin llegar al aumentativo; pues, muy bien, sí, señores; muy requetebién.

Los más de los que están aquí —Romero Marchent, Cebollada, Tomás García de la Puerta, Cruz— vienen de bañarse en Ondarreta y de pasar una tarde en Biarritz, y, claro está, de ver películas en el Festival donostiarra. Hay opiniones para todos los gustos, mientras alguien nos cuenta que si «La paz» se hubiera llevado entera al cine hubiera sido un film de tres horitas largas, ahora con un buen peinado casi tan bonito como el de María Piazzai, que acaba de llegar y levanta remolinos admirativos, se va a quedar en dos horas y media, un poquillo más.

Klimoski dirigirá «La paz», cuyo golpe de manivela se dará de aquí a quince días; pero Emilio Romero, que anda ahora de grupo en grupo en trances de salud, estará muy a la vera del director para decirle sus ideas.

Cuatro grandes son los que cuentan hay por el ancho mundo en lo de la política; aquí son también cuatro. Allí son todos ellos, y, claro, más bien feos; aquí, dos son guapas: la Piazzai y Conchita Velasco; ellos, Casaravilla, que viene de chambra azul, recién salidito del rodaje de «María, matrícula de Bilbao», y Adolfo Marsillach, protagonista que no acaba de llegar.

Hay planes veraniegos y planes literarios. El prólogo, de Eugenio Montes para «Unas vidas», de Marino Gómez, donde están la duquesa de Alba y Dani, Antonio y Agustín de Foxá, y «Amilcar Barca», de Luis A. de Vega, y «La aventura de los vascos por las tierras de América» que Castillo ha entregado a su editor.

Fernando Sancho está contento de «El indulto», su última película, que anda medio basada en un cuento de doña Emilia, y contento, repitámoslo, Emilio Romero, de lo bien que han dejado el guión de su novela «Almendros», y Domínguez Millán.

Eulalia del Pino, Mercedes Alonso, Marisa Prado, Zully Moreno, y más y más estupendas—la verdad es que me parece pocas—mujeres y más noticias de libros próximos y de películas en rodaje y de «chismecillos» donostiarras y de veraneos.

Los cameramen toman escenas del cocktail con bebidas heladas y comiditas calientes. Caballeros y damas, todos muy puestecitos, a la vera de los balcones mientras la noche avanza, y hay predicciones de cuándo «La paz empieza nunca» llegará a las pantallas.